

dos los médicos se dividieron en dos campos rivales: partidarios de la sangría á lo árabe ó á la griega, de la revulsión ó de la derivación; sistemas que cayeron en descrédito cuando se conoció la circulación. Por su aversión á los médicos franceses que rechazaban la sangría, Leon Botalli, de Asti, enseñó que del mismo modo que en un manantial cuanto más agua mala se saca, más mana mejorándose, y en los pechos cuanto más leche se chupa, más acude y de mejor calidad; así sucede con la sangre; de manera que aquello fué un diluvio de sangrías para toda clase de enfermedades. Otros, por el contrario, lo esperaban todo del agua y de los baños, sobre lo cual se escribieron muchísimos libros, que fueron recopilados en su mayor parte en un volumen impreso en Venecia en 1553: *De balneis*, etc.

La escarlatina que asoló la Italia en 1505, y volvió á aparecer con frecuencia, fué primero descrita con exactitud por Gerónimo Cardan; otros varios trataron después de ella, principalmente Fracastor, Massa y Andrés Treviso. Dedicáronse varios á curar la tos convulsiva, el catarro epidémico, el escorbuto que se había propagado, y el mal venereo, contra el que Berenguer, de Carpi, fué el primero que opuso el mercurio (16). La rafia se distinguió como enfermedad particular. Las ocasiones de observar la peste bubónica fueron bastante frecuentes: las causas que se le asignaron provocarían la risa, si en nuestro siglo no nos hubiesen enseñado resucitándolas á ser indulgente. Bastará decir que la mayor parte explicaban el contagio por la voluntad inmediata de Dios. Paracelso distingue la peste en natural y sobrenatural, es decir, procedente de los astros, y sobre todo de Saturno, devorador de niños. Aun en el siglo XVII se empleaba en Roma, contra la lepra y otras enfermedades cutá-

(16) Benvenuto Cellini le maltrata, espresándose de esta manera con respecto á él: «embadurnó con una untura compuesta por él á varias docenas de señores y pobres caballeros, de los que sacó millares de ducados... Ahora bien, hay en el día en Roma una gran cantidad de desgraciados á quienes ha frotado, estropeados y reducidos á un triste estado.»

neas, el remedio siguiente: después de haber purgado al enfermo, se le llevaba á una gruta llena de serpientes, cerca de Bracciano; su elevada temperatura le hacia pronto transpirar, y se dormía acostado en el suelo completamente desnudo. Atraídos los reptiles por la exhalación del sudor, salían de sus madrigueras á centenares, y enroscándosele al cuerpo le lamian suavemente sin hacerle ningun daño. Como el menor movimiento las hubiera hecho huir, se tenía cuidado de administrar al enfermo un soporífero. Al cabo de tres ó cuatro horas se le sacaba de la gruta, y se continuaba de esta manera hasta su curación, que no se hacia esperar mucho tiempo (17).

Era muy comun unir á la medicina las investigaciones y observaciones astrológicas: el obispo Lucas Guarino, napolitano, se dedicó á la astrología y escribió sobre ella: los médicos Juan Antonio Magini, Angel Forcio, Plácido Fosco, Guillermo Grattaroli, Clemente Clementino, Tomás Gianozzi y otros muchos, unieron sus conocimientos con los astrológicos; el ilustre Fracastoro hace consistir las simpatías y antipatías en la influencia de las estrellas; y el milanés Luis Settala en las manchas que salen en el cuerpo, pone en relación con los planetas todos los órganos y hasta la fisonomía y las arrugas; creyendo que el sol obra sobre la fuerza vital, la luna sobre la vegetación, Mercurio sobre la fantasía, Venus sobre las facultades apetitivas, Marte sobre las repulsivas, Júpiter sobre las naturales y Saturno sobre la memoria. Sin embargo, otros sábios, como Baffi de Perusa, Valleriola, Mandella y Manardo (18), negaban á los cuerpos celestes semejante influencia. Es inútil nombrar la inmensa serie de secretistas y alquimistas.

A esta época pertenecen los primeros tratados de medicina legal, principiando por el *De relationibus medicorum*, 1602, de Fortunato Fedele, que trató de todos los casos que hoy pueden ocurrir, y de otros particulares á su siglo, como de los filtros y del uso del tormento.

(17) KIRCHER, *De arte magnetica*, lib. III, pár. 7.

(18) RENZI, III, 68.

CAPÍTULO XXXVIII

LITERATURA FRANCESA

Hemos podido estendernos en la literatura italiana (cap. X) sin hablar de las literaturas extranjeras, desconocidas al otro lado de los Alpes, pero mientras que la que había dado flores tan precoces veía marchitarse su brillo, las naciones que había educado recogían los frutos que habían madurado en ella. Si los franceses no pudieron conquistar la Italia, sacaron de ella el amor á las artes y á las letras, conocimientos, libros y gusto (1). Luis XII hizo que el fraile Gaguin reuniese la biblioteca más rica de aquella época, robando la de los dominadores de Milan y Nápoles. Juan Lascaris y Gerónimo Alcandro fueron llamados á su corte. Pero esto era todavía una animación incierta y fugitiva. Francisco I, apellidado el padre de las letras, se rodeaba de sábios; y sin embargo otras veces los perseguía comprimiendo de este modo una libertad que le inspiraba terror. El colegio de Francia, que fundó, reanimó la afición al griego y al hebreo, aunque la envidia de los grandes, con respecto á los literatos, llegó á restringir la grandeza del proyecto primitivo, y el estudio de las lenguas orientales hizo sospechosos de herejía á los que se dedicaban á él. Budé ocupó el primer lugar entre los que cultivaron la lengua griega en aquella época: era hombre de inmensa erudición; por esto Erasmo, su rival, le llamaba el *prodigio de la Francia*. Esteban Dolet, condenado á la hoguera como hereje á la edad de treinta y siete años; el afable Muret, el gran Casaubon, sostuvieron el honor del

(1) Castiglioni en el *Cortesano* dice que «los franceses no reconocen más que la nobleza de las armas, y que no aprecian en nada lo demás; de manera que no solamente no aprecian las letras, sino que las aborrecen y tienen á los literatos por hombres degradados, y parece que dicen un insulto á cualquiera cuando le llaman *cier*».

latin y el de la erudición. Los Estienne estendieron con sus ediciones correctas y bien anotadas los conocimientos de los clásicos, de quienes el rey adoptaba la claridad de ideas, la noble regularidad y la esposición precisa y elegante.

Introducida ya la lengua nacional de los tribunales, discutida por los gramáticos ennoblecida por los traductores, regularizada con las tentativas innovadoras, era cultivada al mismo tiempo que los modelos eternos del gusto. Pero los ensayos de innovaciones se reproducían con frecuencia, como acontece en toda lengua que no tiene literatura; no podía, en efecto, apoyarse mucho en los numerosos imitadores de la *Novela de la Rosa*, y en las *Respuestas francas*, que por falta de ingenio ponían en tormento á la imaginación para imponerse nuevas dificultades. El uso del italiano, puesto en moda en la corte de Catalina, introdujo un diluvio de palabras y frases extranjeras que no dejaron, sin embargo, de enriquecer la lengua y darle flexibilidad.

El reformador Calvino hizo adelantar mucho el francés, empleándole en la polémica; y su *Institución cristiana* está escrita en un estilo más firme y grave que ningun otro libro de aquel siglo. Jacobo Amyot (1513-1593) buscó para traducir á Plutarco todo lo que la lengua tenía más suave y armonioso; añadióle nuevas gracias, idiotismos nacionales y la flexibilidad de que carecía Calvino, asociando lo natural de la versión al artificio del texto. Estos trabajos de paciencia fueron imitados por De-Vayr, traductor de Horacio, de Ciceron y de Demóstenes, por Coeffetau y Vaugelas, traductores de Floro y Quinto Curcio; después por Montaigne, con la encantadora sencillez que evita tanto los latinismos como los períodos redondeados. La vivacidad, que la *Sátira menippea* y los demás libros que se dieron á luz durante la Liga había

dato al idioma francés, debía aumentarse con la polémica cristiana.

Cada composición, según el espíritu de la época, llevaba el sello de las pasiones del momento, muy eficaces entonces por las exageraciones personales, pero carecían de la elevación que les da una fama general.

Marot, 1495-1544.—Clemente Marot estudió más bien á los novelistas franceses, que á los clásicos antiguos (2); adoptó su mitología simbólica, se aprovechó de las innovaciones de Villon, perfeccionando las formas sin inventar ninguna ni mejorar la prosodia francesa, y secundó el humor alegre, la medianía, la frívola sensualidad de la corte de Francisco I. Cortejó á las damas sin delicadeza, y se alabó de sus conquistas; hasta á Margarita de Valois y á Diana de Poitiers las requirió de amores, y fué escuchado, si le hemos de dar crédito. Hecho prisionero en Pavia con el rey, fué preso á su vuelta, y obligado á desterrarse por sus imprudencias. Soportando siempre sus reveses poéticamente, es decir, cantándolos, fué echado de Ginebra por libertino, y murió pobre en Turin. Sus poesías son tan variadas como su existencia, siempre vivas como á veces maliciosas, sin llegar nunca á lo sublime; pero se encuentra en ellas espontaneidad y expresión de sentimientos individuales. Tuvo muchos adversarios y más imitadores: los poetas satíricos que le sucedieron, tomaron mucho útil de sus obras. Tuvo inclinación á los calvinistas, tal vez porque eran bien vistos de las damas de tono, y tradujo los salmos que se cantaban en los sermones con música de romance. Habiéndolos censurado la Sorbona, obtuvieron una reputación que no merecían.

Francisco I dejó varias poesías, que tenía derecho para decir que eran suyas, sólo porque las había pagado; pero su hermana Margarita, de quien Marot fué ayuda de cámara, si no más, escribió un *Heptameron*, relación cuya intención es moral, pero que aparece de las más escandalosas, como lo toleraba la conversación de aquella época. Declara querer imitar á Boccaccio, escepto en no decir cosa que no sea verdad; en su consecuencia, pone en escena á personajes reales á la misma corte; y los pasiones, descritas con vivacidad, respiran libertinaje. El sentimiento religioso prevaleció después en aquella princesa; tal vez por haber prestado atención á las doctrinas de los reformados; y en los versos publicados por su ayuda de cámara con el título de *Margarita de la Margarita de las princesas*, se entrega sin cesar á éxtasis religiosos. Por lo demás carece de cultura, y delicadeza

(2) *J'ai leu des saints la légende dorée.
J'ai leu Alain, le très-noble orateur;
Et Lancelot, le très-plaisant menteur:
J'ai leu aussi le Romant de la Rose.
Maistre en amours, et Valère et Orose,
Contant les faits des antiques Romains.*

ds.
Lib.

za de sentimiento. En todos estos escritores, la lengua no parece fijada aun; pero todos ellos tienen su originalidad.

De repente los incultos cancioneros de la corte vieron levantarse contra ellos una *pléyade francesa*, que pretendía que la poesía lírica no había producido hasta entonces en Francia nada que fuese comparable á los antiguos ó á los italianos. Los que se titulan así quieren, pues, que se abandonen las formas ligeras, buenas á lo más para los juegos florales de Tolosa ó el Puy de Ruan, y que se imite la oda, la epopeya, la tragedia de los clásicos, que se rechace el tono familiar para revestirle con una dignidad inalterable. De esta manera es como, dedicándose á las construcciones modernas con los restos del templo de Delfos (3), pretenden reformar además la lengua, y fecundarla tomándola de la antigüedad y de los dialectos parciales. Ahora bien, resulta un lenguaje que no es ya popular, pero sí literario, y que lleno de palabras griegas y latinas, se convierte en una mezcla extravagante, hasta el momento en que el buen sentido nacional hace que busquen el verdadero francés en el pueblo. No era posible que volviendo al idioma de los antiguos no se introdujese una recrudescencia de sus ideas. Así fué, que se olvidó la historia para no hablar más que del Olimpio, ni cantar más que diosas y ninfas.

Ronsard, 1524-1585.—El astro más brillante de la *pléyade*, fué Pedro Ronsard, que se hizo sacerdote después de haber peleado contra los hugonotes. Vióse proclamado el *milagro del arte, el prodigio de la naturaleza*; Montaigne le *igualaba á los antiguos*. Sus obras fueron esplicadas públicamente en Flandes, Inglaterra, Polonia y Danzick. Los regidores de Tolosa le enviaron, en lugar de la rosa de oro, una minerva de plata maciza; estando María Estuardo prisionera, le regaló un Parnaso de plata; el papa le dió gracias por haber contestado á los *predicadorcillos* de Ginebra; en fin, sin tener que sufrir las contrariedades reservadas á los que se hacen superiores á su época, vivió contento de sí mismo, y adulado como un rey. Es, sin embargo, hinchado y trivial; no se inspira sino con antiguas reminiscencias é imitación sin gusto. Presuntuoso como un pedante, saca del griego, del latín y de los diferentes dialectos palabras nuevas y compuestas de las que forma una gerga confusa, sin unidad ni analogía (4). No le era posible ser poeta, en atención á que carecía del ge-

(3) Dubellay, que estaba con Ronsard á la cabeza de esta escuela decía: «Caminad, franceses, con valor hácia la soberbia ciudad romana, y con sus despojos (como habeis hecho otras veces) adornad vuestros templos y altares... Saquead sin conciencia los sagrados tesoros de aquel templo délfico, como ya lo habeis hecho.»

(4) Saint-Beuve ha consagrado un tomo completo á la rehabilitación de Ronsard; véase también su *Cuadro histórico y crítico de la poesía francesa y del teatro francés en el siglo XVI*. París, 1843.

nio que sabe hacer duraderas las innovaciones; introdujo, sin embargo, gran variedad de rimas y fijó mejor la prosodia (5). Aunque Ronsard y sus adeptos no conociesen que las lenguas son de diferente naturaleza y que no cambian á voluntad de un hombre ó de un partido, el idioma francés les fué deudores de algunas riquezas; pero su edificio sistemático, formado enteramente de reminiscencias pedantescas, se hundió á silbidos.

En medio de sus fecundos y radiantés émulo, Estéban Jodelle (1532-73) concibió la idea de sustituir algo mejor á los misterios, farsas y moralidades. Proponiéndose, pues, á los antiguos por modelo, hizo la *Cleopatra*, tragedia con coros, que fué representada por jóvenes y por el mismo autor, que desempeñó en ella el papel de protagonista. Esta pieza sentó las bases del teatro francés elegante é infiel. Jodelle compuso también una comedia; pero bien distante de Shakspeare y de Lope de Vega, se pierde en declamaciones. Viste á sus personajes á la francesa, y se encerró estrechamente en el cuadro de las unidades escolásticas. Murió pobre á la edad de cuarenta y un años. La multitud de los que le siguieron abandonó las concepciones incorrectas, pero grandiosas de la Edad Media, para reducirse á una esterilidad completa de invención, y á la medianía, que es peor que la ignorancia. Los mismos que se han atrevido á hablar de los asuntos modernos y de la muerte del duque de Guisa ó de María Estuardo, lo han hecho, no sólo con los sentimientos, sino con todos los accesorios de la antigüedad, y colocando siempre en boca de sus personajes charlatanerías sin fin.

La reacción contra Ronsard comenzó entre los mismos discípulos del innovador. Felipe Desportes, uno de ellos, fué el primero en abandonar lo que Boileau llama *el fausto pedantesco de sus grandes palabras*, como también la pompa de las imágenes, tan contrario al carácter de la poesía francesa, que es todo ideas y pasión. Ahora bien, aquel lujo de imágenes había sido aun más exagerada por Barts, autor de la *Semana ó creación del mundo*.

Malherbe, 1555-1628.—Francisco Malherbe, de Caen, determinó una reforma más exacta. En vano fué que los partidarios de la *pléyade* gritaran, que la señorita de Gurnay escribiese (*La defensa de la poesía y del lenguaje de los poetas*) en favor de aquellas obras llenas de hipótesis, de invención,

de atrevimiento y de generosidad. Malherbe, las castigó, y su buen sentido se rebeló contra los modelos que había seguido. Aunque no dejó de hacer caso de los griegos y de los latinos y de la *pléyade* que llamó á Horacio su breviario, y que copió de los italianos, sobre todo en las *Lágrimas de san Pedro*, se inspiró en el espíritu de los mejores, abandonando lo que era anticuado y usado. Comprendiendo mejor el carácter de la lengua, deserró los términos pedantescos, las expresiones triviales, y aunque normando, no se separó del dialecto parisiense. Sus contemporáneos se burlaban de aquel *tirand de sílabas y palabras*, que discutía como un asunto de Estado, la diferencia que había de establecerse entre *pas* y *point* sobre el género de *erreur* y *doute*, y que aun en la agonía reprendía á despecho de las exhortaciones de su confesor, las faltas de lenguaje de su enfermera. Era esto porque comprendía que la elección de palabras é ideas, es la condición de la verdadera elocuencia. Creó el estilo noble, y encontró en el sentimiento las reglas de la versificación, que ya no se abandonaron; por esto ha permanecido como un modelo en las frases y en la armonía imitativa.

Se engañaría, sin embargo, el que le leyese como poeta confiado en Boileau; pues le falta la gracia de la idea y de la expresión. Exagerado en la alabanza, es con frecuencia prosaico; pero sin ser bueno, es mejor que sus predecesores. Es también de sentir que la crítica calculada haya puesto trabas á las inspiraciones ingenuas con tanta anticipación, que la musa francesa haya sido instruida prematuramente de lo que debía evitar; pues de esta manera se ha encontrado privada de toda espontaneidad y de expresiones propias para verse reducida á merecer el elogio que Ménage hacia de ella, llamándola *sabía y modesta*.

La originalidad se había refugiado en los poetas satíricos, á quienes no faltaba ocasión de ejercitar su humor cáustico. Nadie lo desempeñó con más vigor que los siete autores de *Sátira menippca*, mezcla de prosa y verso destinada á ridiculizar la Liga, en la que todo es vivo, animado, y cuyo estilo está lleno de frescura, porque es popular. La idea la concibió Pedro Leroy, canónigo de Ruan; Juan Passerat y otros le ayudaron á dar color á esta obra original, que contribuyó tanto como las armas al triunfo de Enrique IV. Mathurin Regnier, de Chartres, educado en las tabernas, se distinguió también en la sátira por su vigor y desvergüenza. Habiendo hecho un viaje á Roma, no consideró las cosas sino bajo su peor aspecto; sus desórdenes le ocasionaron la muerte á la edad de cincuenta años. Superior en verbosidad á Boileau tanto como le es inferior en cultura, es, á escepción de Rabelais, el primer poeta de génio que tuvo la Francia. Puede decirse que creó la sátira regular en su país. No la sacó de los latinos, sino de los trovadores, del pueblo y de los poetas burlescos italianos. El mismo Boileau, tan desdeñoso con los antiguos

(5) Ronsard, Baif, Pasquier, Rapin y otros ensayaron, como se hizo también en Italia, componer versos métricos: este dístico de Jodelle es un bosquejo de ello:

*Phabus, Amour, Cypris veut sauver, nourrir et orner.
Ton vers, cœur et chet d'ombre, de flamme, de fleurs.*

Lo que debe traducirse, para comprender algo, de esta manera:

«Febo quiere salvar de la sombra tu verso, el amor alimentar tu corazón de llama, y Cipris adornar tu cabeza de flores.»

poetas, dice que «Regnier es el poeta francés que, por confesion de todos, conoció mejor las costumbres y el carácter de los hombres antes que Molière.» (6)

El protestante Teodoro Agrippa, de Aubigné, fué el Juvenal de su siglo; perteneció á la secta de los hugonotes, siguió la carrera de las armas, vivió algun tiempo desterrado de su patria, y fué notable por su cinismo: se inspiraba con las sátiras políticas, tenia un estilo tan elevado como Dante, y lanzaba rayos sin misericordia con su robusto estilo desconocido hasta entonces, siendo sus obras quemadas por el verdugo en tiempo de Luis XIII.

Rabelais, 1483-1533.—Francisco Rabelais, de Chinon, dió á los cuentos siempre licenciosos y á las frívolas novelas una nueva direccion. Educado en la botica de su padre, donde aprendió, sin embargo, todas las lenguas muertas y vivas, tomó primero el hábito de benedictino y después el de franciscano; pero no conservó más que odio y desprecio hácia los frailes. Lleno de ingeniosidad y de ciencia, se hizo amar de Francisco I y de Enrique II. En Roma, donde acompañó al padre Bellay, hizo reír al papa y á los cardenales, al mismo tiempo que se ocupaba en reunir con que reírse á sus espensas (7). Ocurriósele un día ponerse de pié en lugar de una estatua de san Francisco: descubierto por sus risas, iba á ser condenado á un encierro perpétuo, si Clemente VII no le hubiese perdonado. Huyó entonces á Montpellier, donde estudió la medicina, tradujo á Hipócrates, y se formó una reputacion tal, que le encargó la facultad solicitar del canciller Duprat el restablecimiento de alguno de sus privilegios. Salió adelante con esta negociacion, y reconocida, la Facultad decidió que todo médico que tomase el grado, se vestiria para presentar su tesis con el traje de Rabelais. En fin, obtuvo el curato de Meudon, donde pasó sus dias en paz: murió diciendo: *Voy á buscar un gran acaso.*

El libro que estuvo más en boga en aquella época, es su *Gigante Gargantua y su hijo Pantagruel*; crónica que redactó con intencion de ridiculizar las novelas caballerescas de la corte de Francisco I. El inesperado éxito de esta jocosidad, le hizo hacer una segunda edicion con varias adiciones. Los aplausos que recibió le hicieron volverse extravagante y bufon; y vió su obra tan buscada, «que se vendieron más ejemplares en dos meses que biblias en nueve años.» Es una caricatura de todas las clases, sin respetar ni á Calvino, ni al papa, ni á Cristo, ni á Lutero; manifiesta un gran talento, una imaginacion desenfrenada, una libertad cínica que peca en exceso. Se encuentra mezclada la alegría francesa con la jocosidad de la época, la alegoría extravagante de la Edad Media y la erudi-

(6) Refl. V, sobre Longiu.

(7) Delecluze y Sant-Beuve han querido considerar el carácter de Rabelais por el lado serio.

cion, que habia vuelto á estar de moda. El papa y el sacristan de su parroquia, la hoguera de Miguel Servet y la *divina botella*, están colocadas en la misma categoria: médicos y soldados, poetas y frailes, reyes, obispos y cardenales, todos llevan su merecido. Cree que todo es permitido á la sátira, en virtud de sus privilegios, y todo le parece bueno para sostener su humor alegre y burlarse de la locura universal. Para ocultar sus ideas de modo que se trasluzca su intencion, dice bufonadas que rayan en lo absurdo, y da extravagantes proporciones á su Gargantua y Pantagruel, para que el vulgo vea sólo juegos de imaginacion donde en realidad hay alusiones; sostiene tesis absurdas para entre ellas poder decir verdades oportunas, y zaherir á Roma, á los frailes, á la Sorbona y á los intolerantes en materias religiosas. Pero quiere que se obre como los perros, «los animales más filosóficos del mundo, que cuando encuentran un hueso dan vueltas al rededor de él con ansia y cuidado con el solo fin de sacar un poco de sustancia.» Al mismo tiempo abunda en impiedades. Parodia en la genealogía de Gargantua la de Jesucristo, y ridiculiza la encarnacion en el nacimiento de Pantagruel, y tambien se rió del dogma de la vida futura, en la relacion de Epistemon resucitado. Al mismo tiempo que se burla de los frailes y de la cogulla, de la castidad y de las abstinencias, ridiculiza el matrimonio. Resta saber qué es lo que quiere un escritor que se pronuncia contra los votos monásticos y bate en brecha á la sociedad conyugal.

Rabelais es, en una palabra, el bufon de la reforma, de que Lutero es el héroe; no tardaron en seguirse los efectos de sus ideas, y las chanzas concluyeron con sangre.

Entonces se pronunció la elocuencia sagrada con una impetuosa energia en medio de los furros de la Liga predicando invectivas, las ideas demagógicas, y hasta el asesinato. En la elocuencia judiciaria se distinguieron Duprat, Marillac, Lizet, Pasquier y otros; pero recordaban demasiado los antiguos, y manifestaban una erudicion y verbosidad fuera de lugar para un auditorio restringido, con respecto á cuestiones sin importancia, que debilitaban el recuerdo de las grandes escenas del Foro y del Mercado.

Este abuso de erudicion es comun en los escritores de aquella época, sin exceptuar á Maquiavelo y á Montaigne; todos multiplican las citas, no como autoridades, sino como adornos; y las amontonan hasta el punto de hacer desaparecer el fondo con los accesorios. Así como la alegoría habia invadido la poesia en el siglo anterior, la mitología fué la que dominó en éste. Habiendo visto á una pulga en el seno de la hermosa madama de Roches, cuya instruccion igualaba á sus gracias, en una gran fiesta, á que asistia en Poitiers, al momento cien poetas, y á su cabeza José Escaligero, comenzaron á cantar al audaz insecto, con una insistencia no menos atrevida que cansada.

CAPÍTULO XXXIX

LITERATURA ESPAÑOLA

Ocupada la nacion española en emanciparse del yugo extranjero, y en conquistar derechos populares, se consolaba en medio de aquellas luchas, celebrando en romance los héroes de los tiempos pasados; pero no podia entregarse tranquilamente á las letras, ni asociar su gloria á la de las armas. La poesia habia dejado ver ya, sin embargo, vivos resplandores; antes que la energia adquirida en prolongados combates se dedicase enteramente al estudio, y naciese una literatura que, formada de diversos elementos, llegó, sin embargo, á ser una en su caracter y tendencia, conservando más que ninguna otra nacion de Europa el sello del tipo nacional.

La prosa se desarrolló en España más pronto y mejor que entre otros pueblos de la lengua latina; ésta fué obra, no de eruditos, sino de los hombres de toga y de los de espada. Empleada en la legislación y en los negocios, fué viva, clara, rápida, y sin embargo regular y ajena á la negligencia se adaptó al uso práctico y á la política, aunque nunca sirvió á ningun gran filósofo. En el siglo que describimos, se perfeccionó con el estudio de los clásicos, y sobre todo de Séneca, no menos en boga en este país, que Ciceron en Italia. Pero la imitacion de la antigüedad no dominó nunca, en atencion á que los ánimos se inclinaban más bien á la vida real y presente.

Juan Boscan Almogaver, de Barcelona, tomó de Andrés Navajero, embajador de Venecia cerca de Carlos Quinto, el amor á los clásicos italianos, y se dedicó á dar á la vigorosa literatura de su país la belleza de que carecia: tomó por modelo á Petrarca, sin renunciar por éste á la valentia de colorido, á las apasionadas hipérbolas, ni á la exaltacion de sentimientos de España; y suplió la escasez de invectiva con la tersura elegancia del estilo. Su ejemplo fué seguido por Garcilaso de la

Vega (1500-1536), que habiéndose formado en la escuela de Virgilio, Petrarca y Sannazar, se enamoró como este último de lo bello y de la vida campestre. Cantando las delicias pastoriles y los pesares del amor, igualó con frecuencia á la dulzura de sus modelos; abaudonándose al sentimiento melancólico que inspira hallarse distante de su patria. Su vida, en efecto, se pasó en medio del estruendo de las armas; y después de haber peleado contra los turcos en Austria y contra los berberiscos en Tunez, pereció en Provenza en un asalto.

Estos dos poetas añadieron á la *redondilla* y al verso de *arte mayor*, que eran las únicas antiguas formas nacionales, el verso endecasílabo italiano, el soneto, la *cancion*, la octava, el *terceto*.

Mendoza, 1503-75.—Don Diego Hurtado de Mendoza, de Granada, fué tambien habil capitán y entendido político; su padre, que era el gran conde de Tendilla, estuvo encargado por Fernando el Católico de gobernar á Granada tan luego como se conquistó aquella ciudad; es decir, hacer aceptar el yugo á una nacion indócil, y oponer alternativamente á las quejas, á los recuerdos, á las imprecaciones y á las rebeldías la firmeza y la clemencia. En medio de estos movimientos fué donde recibió su educacion Hurtado, que instruido en las lenguas orientales y en la filosofia, fué de embajador á Venecia, al concilio de Trento y á otras partes. *¡Qué miserable clase la de un embajador!* exclamaba, al verse reducido al papel de engañador ó engañado. Contribuyó á sofocar en Italia los restos de la independendencia, uniéndose á Cosme de Médicis contra Siena, y continuó usando de perfidia y procesos para extinguir las inspiraciones generosas, hasta el momento en que la execracion general que habia recaído sobre él, determinaron á Carlos Quinto á volverle á llamar. No